



CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

II

ME sirve de satisfacción, joven compañero, el haberle sido á V. útil con los consejos de mi carta anterior, y celebro que V. continúe guardando el más riguroso incógnito, porque así no me cohibe su individualidad, y puedo decir sin reparo:

«Á todos y á ninguno
Mis advertencias tocan...»

Etcétera. — Como en mi carta anterior citaba el *Manual del perfecto periodista*, V. me pregunta si considero lícito á un autor enviar hecho ya á los periódicos el suelto relativo á su libro, costumbre que va arraigándose, según afirma el su-

sodicho *Manual*. — Yo no he enviado nunca ese sueltcito, y, sin embargo, ¡oh neófito!, no repruebo la costumbre; únicamente encargo á V. moderación en el estilo y forma de recomendar el libro. Para que esa costumbre careciese de fundamento, sería preciso que la sección de bibliografía en la prensa revelase igual diligencia y atención por parte de los redactores que la de espectáculos ó la de sesiones de Cortes, v. gr. Si el libro enviado á una redacción logra salvarse de los escollos y sirtes que le amenazan antes de llegar á manos de quien corresponde, todavía falta que ese bibliógrafo problemático tenga espacio y tiempo para su crítica-anuncio; y en diciendo que el libro es un poco extenso, ó versa sobre materias no muy familiares para el redactor, ya no hay mención, ó la hay en tales términos, que el lector no se entera. En casos semejantes, procede el suelto de mano del autor: no me sorprenderá que V. se vea en el caso de ser Juan Palomo.

La segunda serie de preguntas que V

me dirige es de más difícil contestación. Da V. por supuesto que ya tiene el libro impreso, encuadernado, puesto á la venta, repartido á los diarios, y que empiezan á llover (¡ilusiones engañosas de principiante!) críticas, elogios y ataques sobre la obra. Y con una inocencia que me hechiza, se vuelve V. á mí (le estoy viendo, con el entrecejo fruncido, los labios temblones, la voz ronca de emoción), y me pregunta: "¿Qué debo hacer en estos distintos casos? ¿Cuál debe ser mi *actitud* ante la crítica?"

¡Válame Dios (como antaño se decía), y cuán cierto es el refrán "á quien no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas!"

Empecemos porque no lloverán probablemente las supuestas críticas, por lo menos así, espesas y apretadas, como V. sueña. Gran señal me parecerá el que lluevan: la indiferencia ó los *succès d'estime* son lo único desastroso para un autor; si un libro apasiona los ánimos (á no ser exclusivamente un libro de in-

discreciones chismográficas) preciso es que tenga, según la frase de Zola, *quelque chose dans le ventre*. Conjeturemos que el de V. lleva en sus entrañas ese animado embrión, y por lo mismo se alborota el cotarro (según el Diccionario, *cotarro* significa albergue donde se recogen los pobres que no tienen posada: *pauperum hospitium*); de modo que aquí el cotarro será la Corte de los Milagros de la crítica al uso.

Que se alborota; que ya se alborotó; y V. empeñado en saber á toda costa cuál ha de ser su *actitud*. Pues, amiguito, la más estética, ó sea la más decorosa y tranquila que le permita á V. el genio. Modificando levemente dos versos de la zarzuela *Marina*, diré:

«Muchacho, si eres *nervioso*,
has tomado mal oficio.»

Es la literatura manifestación y afirmación poderosa de una personalidad, y por consecuencia natural, parece que disminuye ó niega parcialmente la personali-

dad ajena. Secreto dolor y afrentosa tristeza demoníaca para los envidiosos, es toda afirmación de la voluntad de vivir en lo futuro. Diríase que la sangre que corre por las venas de un artista se compone de hierro robado á la sangre de los otros. Error de subjetivismo enfermizo, me dirá V.; cada forma del arte es un ciclo, y no lo puede llenar un solo hombre. Cierto; pero no razonan así las malas pasiones y la ruin vanidad de rabo pisado. — Un moralista que conocía el paño ha dicho: "Todo lo excusará el hombre: injurias, cachetes, puntapiés, el hurto de un paraguas, el protesto de una letra, un vaso de vino avinagrado, hasta la más negra ingratitud: lo único que no es capaz de perdonar, sobre todo en un rival ó en un amigo, es *el éxito*."

Si no sale V. al mundo literario revestido de la coraza de este convencimiento, le pronostico que su piel será antes de mucho un cónclave en abreviatura, á puros cardenales. — ¿Por qué razón la experiencia colectiva de la humanidad no ha

de servir al hombre, despojándole *a priori* de las ilusiones que con doloroso desgarramiento se le han de caer *a posteriori*? *Empiece V. por donde otros acaban* (ya sabe que es de cajón la frasecilla), y lleve por viático de su peregrinación la calma, la impasibilidad y hasta el desprecio.

No traduzca V. mis palabras con el sentido de que ha de despreciar todas las censuras y reparos que impresos ó por escrito se le dirijan. Muy al contrario: atiéndalas V. en lo que tengan de justas; bien puedan tener algo ó mucho. El ánimo debe estar siempre de par en par, á fin de recibir bajo palio á la razón. La sinrazón, la injusticia, la malevolencia, en cambio, encuéntrenle á V. cerrado á piedra y lodo, no en una torre de marfil, como el autor de *Eloa*, sino en una de hierro con blindaje doble. Y cuidadito: no sea que mientras al exterior le defiende á V. el blindaje, allá dentro de la torre esté V. retorciéndose, espumando y hecho un energúmeno. No le permito á V. actitudes

que no sean sinceras. Empiece V. por colocar el espíritu en posición airosa, bonita, serena, como si estuviese delante el fotógrafo pronto á destapar la cámara: á la colocación del espíritu responderá la del cuerpo, y sólo así conseguirá V. de este sistema frutos de paz y bienestar íntimo.

Como sigo ignorando de qué trata su libro de V. (¡pudores de novato!), me veo apurada para fijar ciertos detalles en esto de la *actitud*. Si su libro es de crítica histórica, de historia, de ciencia; si en él se aducen *hechos* en apoyo de *doctrinas*, entonces no debe V. permanecer tan pasivo y expectante frente á los ataques que tengan por objeto desmentir esos hechos. No está V. obligado, pero sería más conveniente volver por su exactitud y probar que su obra se funda, como debe, en serios estudios.—Añadiré que cuanto más grave y científico sea el fondo de su obra, menos probabilidades tiene de ser atacada. Á las obras serias no se les suele meter el diente aquí. La causa, ya V. la supone.

Si su libro es de *vaga y amena*, ¡ah! entonces.... Entonces no diré que falte quien le roa la corteza, aunque no los tuéтанos. Y entonces V. no puede realmente salir á la defensa de su prole. Si le negasen á V. datos concretos, V. presentaría documentos y testimonios: le niegan á V. talento, estilo, gracia, inspiración, profundidad, cualidades personales en suma: no ha de salir V. chillando que sí, que es V. talentado, y atildado, y chusco, y genial, y más hondo que el pozo artesiano de Grenelle. Deje V. decir, que la verdad sobre V. no han de ser ni los enemigos ni los amigotes quienes la pronuncien.

Yo en esto puedo predicar con el ejemplo. He recibido gustosa y sin reservas mentales las advertencias que juzgué discretas y sanas; nunca las censuras literarias me pusieron amarga la boca ni amarilla la tez. Con tanto como he escrito, no escribí un solo artículo encaminado á discutir las críticas de mis obras. Tampoco encargué la comisión de impugnarlas á ningún *Sparafucil* de las letras ó de la

prensa. ¡En estas defensas oficiosas se ve la hilaza de un modo!...—Conque lo dicho, joven... Paz, firmeza, buen humor... Las cicatrices del alma no deben ser de rasguños de pluma. Otros duelos se lo papen á V. y no esos, ¡qué diablo! No imite V. á mi compariente el canónigo Sánchez, docto y estimado escritor, que se murió de disgusto porque le cogieron un solecismo en cierta disertación latina muy repicada.

Ni aun creo procedente, tratándose de obras de amena literatura, la mera rectificación de puntos concretos. Al juzgar mis novelas, v. gr., se han escrito cosas que me hicieron reir, y no sólo á mí, sino á los pocos iniciados en el secreto. Sucesos y personajes completamente auténticos he leído que eran ficticios, engendros de mi pobre fantasía, en alto grado inverosímiles. Otros personajes y acontecimientos que en efecto inventé fueron elogiados por su realidad. Palabras tomadas de los clásicos pasaron por neologismos de mi cosecha. Giros propios de Santa Teresa, ó de Malón de Chaide, ó de

Juan de Valdés, hicieron arrugar el ceño á los tontipuristas. Yo lo he dejado estar. ¿No sería egoísta ridiculez obligar al público á vivir colgado de la pluma de mis críticos, y torna si éste me juzgó mal, y daca si el otro no me entendió? Sobriedad, prudencia, paciencia, que en el ejercicio de tales virtudes, y no en cursis alardes retóricos, se conoce al escritor verdaderamente modesto. Lléguese V. á esos que no se les cae la modestia de la boca, y páseles la mano muy suavemente á contrapelo: ya verá si echan chispas, como gato negro en día de tronada.

Aquí viene lo más peliagudo de la consulta de V. Presumiendo de antemano que yo he de aconsejarle la templanza, casi la indiferencia, intercala V. la siguiente preguntita capciosa: "Y si en las críticas á mi libro fuese envuelta alguna ofensa á mi persona, ¿me haré también el suceso? ¿Cree V. compatible con mi dignidad la absoluta pachorra y la sangre de horchata?,"

Más calma aquí que nunca, señor mío. Vamos ante todo á *distinguir*.

Desde el punto y hora en que salga V. á correr aventuras literarias, tendrá V. una nueva personalidad: la del escritor. Distinga V., pues, cuidadosamente en los ataques lo que va contra el escritor tan sólo. Si en la vida privada le dice á V. alguien que es un bobalicón, V. puede darse por ofendido. Si se lo dice á V. en cuanto autor de un libro, *yo entiendo que no*, pues equivale á decir: "Su libro de V., en mi concepto, carece de ingenio; V. no tiene condiciones para escribir libros." Y esta agresión (fundada ó infundada, justa ó injusta) lesiona su ambición literaria ó científica de V., sin vulnerar su *honor*. Que V. sea (hipótesis) un necio, pero necio silencioso, que no escribe ni imprime sus necedades, y nadie tendrá derecho para llamarle necio en letras de molde. — Si imprime V., resignese á apreciaciones duras de sus facultades intelectuales y artísticas. Puede V. encontrar más ó menos descortés la forma, y estimar deficiente la educación del crítico que sin eufemismos le trate á V. de necio; lo que

no puede V. es darse por lastimado en su honor propiamente dicho, su honor moral, único que en todo caso podría defenderse con actos violentos.

En efecto, el intelectual y artístico se defiende y vindica con obras. Á quien le moteje á V. de ignorante, responda V. estudiando y sabiendo; de mal autor, con buenos libros. Porque V. le rompa un hueso al crítico que niega sus méritos de V., los méritos no crecerán. Batirse ó andar á trastazos por un quitame allá ese verbo ó ese adjetivo, merece llamarse, como dijo Franklin del duelo en general: "*ultima ratio* de los locos."

Corriente (dirá V.), pero ¿el que me niega la dignidad personal; el que á pretexto de crítica literaria me insulta, calumnia y vilipendia* el que me pone en ridículo ante la sociedad, de la cual no puedo prescindir, porque no he de establecerme en el yermo; el que me provoca directamente, ¿ha de quedarse sin su merecido?

Muy delicado es aconsejar sobre este punto. Ni aun creo que sea materia de

consejo, pues depende de la inspiración propia, de las circunstancias, y de las mayores ó menores afinidades que note en sí el individuo con el altivo sultán del corral, ó con sus humildes esposas. Gallo ó gallina; ¡triste disyuntiva para el rey de la creación! Advierto á V., para su gobierno, que no me inspiran la menor simpatía los matones, ni los espadachines, ni los duelistas de oficio. Conozco y respeto las doctrinas de la Iglesia sobre el duelo. Estoy conforme con el ya citado Franklin, en que una mortificación de nuestro orgullo no es suficiente motivo para que nos erijamos en jueces é impongamos la *pena capital*. Y sin embargo, comprendo bien que en determinadas ocasiones!...

Lo que encargo á V. mucho, es que huya de conatos de desaffo. Ha llegado ya á ser, más que cómico, bufo, en la mayoría de los casos, el envío de padrinos, el acta, la reconciliación subsiguiente, y si bien ahora parece que va de capa caída lo del clásico almuerzo, todavía ese aparato caballeresco, convertido en burguesa pa-

rodía, con desenlace archipacífico, es casi siempre motivo para que se encojan de hombros los sensatos y los maliciosos solapadamente se rían. Hoy los floretes no ostentan aquel lema sublime de las viejas espadas toledanas: "No me saques sin razón, ni me envaines sin honor.". Los floretillos modernos se desenfundan por fanfarronería, y se enfundan, ¡ay!, por otra cosa peor...

Proscrito el duelo, en tesis general; y tres veces proscrito el duelo *de guagua*.—Sobre estas materias, lea V. el tratadito de Arturo Schopenhauer, contenido en la obra en dos volúmenes que se titula *Parerga und Paralipomena*.—El excelso maestro de la vida práctica (á quien en la parte especulativa no siempre conceptúo tan acertado) discurre sobre el honor *caballeresco, social y profesional*, sobre la moral del duelo y el derecho del más fuerte, con tal lucidez y serenidad de juicio, que me parece cifra y compendio de la humana sabiduría. Y mejor aún que lo explícito, es lo tácito, lo que se deduce y

entrelee. En efecto: Schopenhauer, que ni es escritor ascético ni enseña perfección cristiana, tampoco aconseja ciertos actos sublimes de mansedumbre, simbolizados en presentar la otra mejilla, pues sabe que el mundo no entiende así el uso de las mejillas, sino de un modo diametralmente opuesto, viendo siempre en ellas la señal de la mano ofensora y no castigada aún; y sin embargo, de la lectura de Schopenhauer se desprende, como tónica fragancia, la convicción de que la injuria es más despreciable que punible, y que ni debe alterar el equilibrio de nuestro espíritu, ni servirnos de pretexto para tener al mundo pendiente de nuestra persona.—Acaso encuentre yo tal eficacia en las doctrinas de Schopenhauer porque concuerdan bien con mi manera de ser y de entender la vida. Mi sexo es un impedimento (sobre esto habría mucho que hablar, pero no aquí) para que yo pudiese castigar ofensas personales; sin embargo, á falta de la *acción*, cabría en mí el *sentimiento* de furor y de cólera á que la ac-

ción responde. Pues el sentimiento me falta, ó por lo menos cede ante la idea de que los furores de un individuo, por agravios individuales, llevan cierto sello de mezquindad y egoismo mal entendido, que los hace moralmente feos é indignos de cultivo en el jardín del alma.—Egoismo mal entendido dije, porque el mayor daño es del mismo iracundo. Una vida no más se nos concede en este planeta, ¿y la hemos de emponzoñar con rencores, suspicacias, iras, *turbieces* y venganzas? Abrese y desplégase ante nuestros ojos el vasto panorama del universo; los viajes por el mundo de la naturaleza y el del espíritu nos ofrecen sorprendente é inagotable variedad de impresiones; el arte nos convida; la sociedad nos llama y nos brinda copiosa materia de observación, ya dramática, ya cómica; el espectáculo es rico, movido, interesante; la representación nos tiene en suspenso el ánimo, y ¿hemos de salir desafinando, á modo de comediantes de la legua, porque alguien nos mira zaino ó nos murmura en un corro?

No, joven amigo : siga V. en esto mi dictamen, que puedo fundar también en datos de experiencia propia, porque yo he sido insultada desde todos los insultadores oficiales, por todos los insultadores de oficio, á pesar de mi sexo (ó mejor dicho á causa de él, de las *garantías* que ofrece), y en términos que serían calumniosos... hasta aplicados á los mismos que los estampaban; y, sin embargo, mi afección al hígado, que hace diez años me daba que sentir, se ha aliviado, casi curado, en estos cinco últimos, durante los cuales desató contra mí su enojo medio partido legitimista, sus *heroicas* iras cierta parte averiada del (*proh dolor!*) ejército español, y sus anatemas el bando *filipinólogo*, y sus accesos epileptiformes ó sus farisaísmos pudibundos la jauría regionalista y literaria... De un santo he oído decir que le encontraron, al abrirle, el hígado todo vuelto una criba, de la violencia que se hacía para reprimir la cólera y aparecer manso y humilde. Humildes, es mucho pedir á nuestra flaqueza; pero manso, ó

mejor dicho *olímpico*, procure V. serlo de verdad, sin que el hígado se le agujeree.

En el precioso tratado de Schopenhauer de que antes hablaba á V., hay una idea digna de ser meditada con profundidad y detención por todos los que siguen la carrera de las letras. "El honor y la gloria — dice el ilustre autor — son hermanos gemelos; pero á la manera de Castor y Polux, que uno era mortal y el otro inmortal: el honor es el hermano perecedero de la imperecedera gloria. „ Recomendándole á V. este pensamiento, cierro mi carta, y en la próxima le hablaré á V., no ya de su *actitud* ante la crítica, sino de su *línea de conducta* con el público; hasta dónde debe V. complacerle, en qué debe V. afrontarle y hasta provocarle sin miedo, con otros puntos que caben dentro del carácter parenético de esta correspondencia.—Y si su libro de V. ha visto la luz, no me lo envíe: ni quiero leerlo, ni saber quién es V., por lo menos hasta Agosto.